

quistas mas fáciles? Cumplid vuestro deber, y Dios estará con vosotros. ¿Qué son ante su grandeza los conquistadores mas temibles? Rogad, velad y combatid, y yo os prometo que la ciudad será salva. »

La fama de santidad que justamente merecia Genoveva daba á sus palabras una elocuencia sobrenatural; las mujeres eran quienes mas se conmovian al oír sus discursos, y animaban á sus maridos, á sus padres, hijos ó hermanos á escuchar su voz. Renacen el valor y la confianza en los corazones. Se siguen sus consejos, y obedeciendo á su voz como si viniera del cielo, se pone Paris en estado de defensa.

Al saber Atila la noticia da rienda suelta á su furor, pero, como lo habia previsto Genoveva, no se cuida de perder tiempo ante una plaza bien abastecida y resuelta á defenderse. Se aproxima á Paris, pero de repente levanta el campo en medio de la noche y va á buscar en otra parte triunfos ménos costosos.

Poco tiempo despues hubo en Paris un hambre terrible. Embárcase Genoveva en el Sena, y de una ciudad á otra va pidiendo auxilio para sus conciudadanos, y vuelve acompañada de once barcos cargados de trigo, salvando así de una muerte cierta á todas las familias pobres.

Créese que Genoveva era pastora, por lo que se la representa generalmente apacentando ovejas con una rucca en la mano.

El 3 de enero de 513 falleció santa Genoveva á la edad de ochenta y seis años; la ciudad de Paris la eligió por patrona; la urna que contiene sus huesos es objeto de gran veneracion, y una soberbia basílica construida en el lugar de la arruinada iglesia de Santa Genoveva, llamada Panteon por algun tiempo, acaba de volver á tomar el nombre de esta santa.

Sumision á las leyes : Sócrates.

[400 ant. de J. C.]

Sócrates, el mas sabio de los griegos, condenado injustamente á muerte, esperaba en la prision que se fijase la época en que seria ejecutada la sentencia. Un dia por la mañana muy temprano fué á verle su amigo Criton, y hallándole dormido apaciblemente, se sentó sin hacer ruido



Muerte de Sócrates.

al pié de su lecho para no turbar su sueño. Al despertarse Sócrates le preguntó : « ¿Cómo tan temprano, amigo mio? » Criton le dijo que al dia siguiente debia ejecutarse la sentencia. « Sea, pues, respondió Sócrates con su tranquilidad acostumbrada, si tal es la voluntad de Dios. »

Criton le manifestó entónces que habia sobornado al carcelero, que le abririan las puertas por la noche, y hallaria en Tesalia un asilo seguro.

Sócrates le preguntó chanceándose si conocia algun lugar donde no se muriera nadie. Criton se esforzó en convencerle con las razones mas enérgicas de que debia sus- traerse á un suplicio injusto; en nombre de su amor por la patria le suplicó evitara á los atenienses la deshonra de

derramar sangre inocente; en nombre de sus amigos, para evitarles el dolor de su pérdida y el remordimiento de no haber hecho todo lo posible para libertarle. Por último, le habló en interes de sus hijos, que necesitaban las lecciones y la proteccion de un padre.

Sócrates agradeció estas pruebas de generosa amistad, pero rehusó aprovecharse de sus ofertas, y le probó que nunca tiene derecho un ciudadano para rebelarse contra su patria, y que sustraerse á la justicia de su país es ser rebelde: « Si mi patria me condena injustamente yo no tengo derecho para ultrajarla. Ella tiene todos los derechos sobre mí, yo no tengo ninguno sobre ella. Cuando juré obedecer á la leyes, ¿fué acaso con el pensamiento de que podria eximirme de ellas cuando me conviniese? No, ese juramento subsiste siempre. »

Sócrates se animaba cada vez mas sosteniendo esta bella tésis. Preguntó á su amigo qué podria responder, si en el momento en que estuviera para evadirse, las leyes mismas, que personifica en una alegoría familiar á los griegos, se presentasen en el umbral de su prision y le recordasen sus deberes. El lenguaje que presta á estas divinidades alegóricas es sublime y categórico. « Respecto á mis hijos, dije terminando su discurso, amigos como vosotros sabreis remplazarme cerca de ellos, y la divina Providencia no los abandonará. »

Criton, vencido y subyugado, no halló ni una palabra que replicar, y se retiró con las lágrimas en los ojos.

Desobediencia generosa : Orte y Montmorin.

No debe llegar la obediencia hasta el punto de hacernos cometer malas acciones : debemos sufrirlo todo ántes que olvidar las leyes de la conciencia.

Hé aquí la respuesta que dió el vizconde de Orte, gobernador de Bayona, á Carlos IX, que le habia ordenado el degüello de los protestantes de su ciudad y de los alrededores:

« Señor, he comunicado las órdenes de Vuestra Magestad á sus fieles habitantes y hombres de guerra; he hallado buenos ciudadanos y soldados valerosos, pero ni un solo verdugo; por lo cual suplicamos humildemente á Vuestra Magestad tenga á bien emplear vuestras vidas y nuestros brazos en cosas posibles, que por arriesgadas que sean, verteremos hasta la última gota de nuestra sangre. »

Montmorin, gobernador de Auvernia, dió una respuesta semejante. Héla aquí :

« Señor, he recibido una orden con el sello de Vuestra Magestad de dar muerte á todos los protestantes de mi provincia. Yo respeto mucho á Vuestra Magestad para no creer que estas cartas son supuestas; y, si lo que Dios no quiera, emanase esta orden verdaderamente de vos, os respeto demasiado para obedeceros. »

Firmeza cívica : Lanjuinais.

[2 de junio de 1793.]

Lanjuinais, diputado de Rennes en la Convencion, defendió constantemente con energía el partido de la moderacion contra la violencia. Parecia que su valor crecia con el peligro.

Para asegurar su triunfo, pedian lo jefes del partido exaltado á la Convencion se pusieran fuera de la ley¹ á veintidos representantes, entre ellos á Lanjuinais, culpables de moderacion y acusados como conspiradores porque eran opuestos á los excesos. Con el objeto de obligar á la Convencion á que proscribiese dichos diputados, se organizó ostensiblemente en Paris un comité insurreccional; la guardia nacional y el pueblo, en el paroxismo de la exaltacion, se pusieron á sus órdenes; se acordó rodear con fuerza armada el palacio de las Tullerías, donde celebraba entónces la Asamblea sus sesiones.

Toda la noche del sábado al domingo 2 de junio de 1793

1. Poner á alguno fuera de la ley era proscribirle ó condenarle á muerte.

resonó en Paris la generala y las campanas de rebato; el cañon de alarma dejó oír su terrible voz, y al rayar el día toda la poblacion de Paris estaba sobre las armas. Cerca de ochenta mil hombres amenazaban y asediaban la Convencion; algunas baterías de artillería estaban formadas en batalla al rededor de las Tullerías con ciento sesenta y tres bocas de fuego, y dispuestos los arcones de municiones, los hornillos para las balas rojas y las mechas encendidas; los artilleros estaban prontos á ejecutar lo que quisieran prescribirles los agitadores y á entregarse á los mayores excesos contra la Asamblea.

Casi todos los diputados asistian á la sesion; pero los que se queria proscribir no se presentaron, á excepcion de Lanjuinais y otros tres que le acompañaron.

Abrese la sesion, y resuelto Lanjuinais á tentar el último esfuerzo para hacer respetar la autoridad y las leyes, sin que los gritos, las amenazas ni la inminencia del peligro le intimiden, es el primero que pide la palabra. Al oír su peticion estallan murmullos violentos por todas partes. « Quiero, dijo, exponeros los medios de detener los nuevos movimientos que os amenazan. — ¡Fuera, fuera! gritan muchos; quiere encender la guerra civil. — Mientras me sea permitido hacer oír aquí mi voz, repuso Lanjuinais, no sufriré que la insurreccion me dicte su voluntad. »

Gritos espantosos interrumpen á cada instante al orador, y es tal la cólera que inspira, que varios representantes del partido opuesto se levantan de sus bancos, corren á la tribuna y quieren arrojarle de ella; Lanjuinais resiste y se agarra con todas sus fuerzas. El desórden llega á su colmo; por fin consigue el presidente hacer oír su voz: « La escena que acaba de tener lugar, dice, es verdaderamente triste; si continuais obrando de este modo perecerá la libertad. »

Restablécese un poco la calma, y Lanjuinais, siempre intrépido, continúa exhortando á la Asamblea á que se muestre firme contra los revoltosos. Sin embargo, redobla el ruido por fuera, se oye gritar: « ¡A las armas! » La

comision encargada por la Convencion para presentar su dictámen y una proposicion sobre los acontecimientos, entra en el salon, y en nombre suyo, ocupa la tribuna uno de sus miembros: « No ha tenido tiempo la comision de aclarar ningun hecho, dice, pero, visto lo que ocurre, cree que la suspension ó dimision voluntaria de los diputados designados producirá los mejores efectos y salvará á la República de una crisis funesta. »

Apénas acabó de hablar, cuando presentaron su dimision los tres diputados que habian ido con Lanjuinais; pero éste, que no creia fuera preciso ceder, sube á la tribuna y dice: « Creo que hasta ahora he demostrado suficiente energía para que no espereis de mí ni suspension ni dimision.... » Numerosos gritos estallan en la Asamblea; se le injuria, se le amenaza, mientras que él dirige miradas seguras á los que le interrumpen: « El sacrificador que conducia en otros tiempos una víctima al altar, dice, la engalanaba con flores y no la insultaba.... Se quiere el sacrificio de nuestros poderes; pero los sacrificios deben ser libres, y nosotros no lo somos. No es posible salir de aquí ni asomarse á los balcones; los cañones están apuntados; no se puede emitir ninguna opinion y por tanto callo. »

Concluyó aquella terrible sesion poniendo fuera de la ley, no á veintidos diputados, sino á treinta y dos. Los amigos de Lanjuinais facilitaron su evasion. Tres años despues recibió su valor cívico una recompensa honrosa: sesenta y tres departamentos le elegieron á un tiempo como su representante.

Patriotismo y generosidad: Fabio.

Fabio, general romano, habia hecho un tratado con Aníbal, general cartagines, para canjear sus prisioneros; se habia convenido que se cambiaria hombre por hombre, y si alguno de los generales tenia todavía prisioneros despues del cambio, recibiria una cantidad determinada por cada

uno. Efectuado el canje, le quedaban á Aníbal aún doscientos cincuenta romanos. Negóse el Senado á enviar el rescate y reprendió á Fabio por haber rescatado hombres que teniendo las armas en la mano, no habian sabido servirse de ellas y se habian rendido al enemigo; mas no pudiendo resolverse á faltar á su palabra ni á dejar á aquellos ciudadanos en manos del enemigo, hizo vender una parte de sus tierras y empleó el dinero en pagar el rescate de los cautivos. Muchos de ellos ofrecieron reembolsarle en seguida, pero Fabio rehusó diciendo: « Todo lo que exijo de vosotros es que ameís á vuestra patria y que la sirvais mejor. »

Patriotismo y desinterés : Hipócrates ¹.

Asolaba la peste el imperio persa y amenazaba á Grecia con sus estragos, por lo que temeroso el rey de aquel país por su propia vida, mandó llamar al famoso médico griego Hipócrates, rogándole acudiese á su córte y prometiéndole colmarle de dignidades y de tesoros. Hipócrates rehusó, y rechazando los presentes dijo á los mensajeros: « Mis compatriotas están en peligro y soy todo de ellos. »

En efecto, poco tiempo despues fueron atacados los atenienses por el contagio é imploraron su socorro; Hipócrates corrió á Atenas y no salió de allí hasta que, gracias á sus desvelos y su ciencia, desapareció la peste.

Piedad y patriotismo : los canónigos de San Quintin.

Cinco brechas habia en los muros de San Quintin, y era el undécimo asalto que daban los españoles cuando tomaron la ciudad en 1559. El comandante español concedia permiso á los canónigos para que se quedasen y desempeñaran tranquilamente sus canongías, pero rehusaron aprovecharse de él diciendo: « No queremos permanecer en

¹. El médico mas celebre de los tiempos antiguos; murió en 380 ántes de J. C.

una ciudad donde no se nos permitirá rogar á Dios públicamente por la Francia. » Y se retiraron á Paris.

Patriotismo de las mujeres : las señoras de Beauvais.

[1472.]

Cárlos el Temerario ¹, duque de Borgoña, se hallaba en guerra contra Luis XI, rey de Francia, y puso sitio á Beauvais, creyendo que con facilidad se apoderaria de dicha ciudad y podria luego marchar sobre Paris. Los habitantes se defendieron con valor, pero eran poco numerosos para poder resistir largo tiempo. Las mujeres, inspiradas de magnánima emulacion, quisieron participar con sus padres y esposos de las fatigas del combate y la gloria de salvar la ciudad. A las órdenes de la heroína Juana Hachette, corren á las murallas desprovistas de defensores; echan abajo las escalas y arrojan con ellas á los fosos á los sitiadores; Juana Hachette, á su cabeza, toma un estandarte de manos del enemigo. El ejemplo de las mujeres dobla el valor de los hombres; en vano Cárlos el Temerario multiplica los asaltos, y la artillería acribilla la plaza dia y noche, pues se ve obligado á levantar el sitio despues de haber perdido gran parte de su ejército. La resistencia de los ciudadanos y de las señoras de Beauvais salvó á Paris.

En conmemoracion de la conducta heroica de Juana Hachette y de sus compañeras, se celebraba desde entónces en Beauvais una fiesta anual en la que las mujeres tenian en la procesion la prioridad sobre los hombres.

Sentimientos patrióticos : dos generales franceses.

En el calor del combate, dijeron á un general frances que su hijo habia sido muerto; y el general contestó: « Pensemos por ahora en vencer al enemigo; mañana lloraré á

¹. Era un principe poderoso, que no solo poseía la Borgoña y el Franco Condado, sino casi todos los Países Bajos. Perdió la vida en la batalla de

Nancy en 1477, y el ducado de Borgoña fué incorporado á la corona de Francia. El Franco Condado lo fué mucho tiempo despues.

mi hijo. » Este rasgo magnánimo nos recuerda las sublimes palabras de Saint-Hilaire, general de artillería al mando de Turena. La misma balá de cañon que quitó la vida á aquel gran capitán¹, el libertador, la gloria de Francia, le llevó un brazo á Saint-Hilaire. A su lado se hallaba su hijo, de edad de once años, quien al ver á su padre en aquel estado, se arroja á su cuello llorando y sollozando: « Mi muerte es poca cosa, hijo mio, le dice mostrándole á Turena muerto, ése es el que hay que llorar. »

Modestia y patriotismo : Vauban.

Al frente de un ejército frances sitiaba á Turin el mariscal de la Feuillade con energía pero sin resultado. El mariscal de Vauban², que deseaba ardientemente pelear por su patria, ofreció servir á este general en calidad de voluntario, pero fué rehusada su demanda; porque queria la Feuillade que le cupiera á él solo el honor de tomar la ciudad, y no lo logró. Viendo Luis XIV que el sitio no progresaba, habló á Vauban, quien se ofreció á dirigir los trabajos. « Pero señor mariscal, le dijo el rey, ¿no veis que este empleo es inferior á vuestra dignidad? — Señor, contestó Vauban, mi dignidad consiste en servir al Estado; si es un obstáculo el baston de mariscal, al entrar en el campamento le dejaré á la puerta. »

Abjuracion de la enemistad por el servicio público :
Aristides y Temístocles.

Aristides y Temístocles eran enemigos y siempre opuestos uno á otro en los negocios públicos. Habiendo sido elegidos ámbos para una embajada importante, los unió el interés comun; al salir por las puertas de Atenas dijo

1. El 27 de julio de 1675 en Saltzbach, en una batalla contra los imperiales.

2. Célebre sobre todo por su habili-

dad en el ataque y defensa de las plazas. Construyó ó reparó casi todas las plazas fuertes de Francia. Murió en 1707.



Vauban

Temístocles á Arístides : « Dejemos aquí nuestra enemistad, la volveremos á tomar, si así lo quereis, á nuestro regreso. »

Aquella reconciliacion fué sincera, pero momentánea; sin embargo, la enemistad de aquellos dos hombres célebres se cambió en amistad verdadera cuando la patria estuvo en peligro por la invasion de Jerjes. Llamado Arístides del destierro (Temístocles le habia hecho condenar), llegó por la noche á la escuadra reunida para combatir contra los persas, y sin perder un momento va á ver á Temístocles. « Olvidemos nuestras disensiones, le dice; no debemos tener otro pensamiento que el de salvar á la Grecia, vos dando las órdenes y yo obedeciendo. »

Conmovidó Temístocles al ver su generosidad, dividió el mando con él. Aquellos dos grandes ciudadanos obraron en perfecto acuerdo, é indiferentes á su gloria personal, parecia que una misma idea y un mismo corazon los animaba.

Abnegacion y sacrificio : Epaminóndas; Moreau.

Epaminondas, ilustre general tebano, despues de una gloriosa campaña fué calumniado ante el pueblo, su nombre borrado de la lista de los jefes, y enviado como simple soldado á la guerra de Tesalia, á todo lo cual se sometió aquel gran corazon sin murmurar. Empéñase una batalla, y á pesar del valor é intrepidez de que daba ejemplo, desalentadas las tropas y próximas á sucumbir, se oye resonar de repente en todas las filas, en aquel instante de crisis, el nombre de Epaminóndas. Todos le invocan, le llaman y juran morir ó vencer á sus órdenes. Proclamado general unánimemente, acepta el mando, salva al ejército, alcanza una victoria completa, y vuelve luego á ocupar su puesto entre los soldados.

Igual conducta observó en una ocasion semejante el general Moreau. Despues de brillantes victorias, hallábase en desgracia y privado del mando; no obstante, sacrifi-

cando su justo descontento al interes de su patria, consintió en servir en el ejército de Italia, mandado por Scherer, general sin mérito ni gloria, quien cometió falta sobre falta y sufrió una derrota tras otras. Hallábase atrinchado detras del Adda¹, cuando una noche le llevan la noticia de que ha sido forzada la línea del Adda y que el enemigo está pasando el rio.

Desperado y aturdido Scherer, suplica á Moreau tome el mando del ejército. Parecia que Moreau estaba en el derecho de rehusarle, pues se le habia tratado injustamente, y hasta habia sido despreciado; ¡y ahora que estaba perdida la campaña, cuando no se podian esperar sino descalabros, cercados por todas partes veinticinco mil franceses por ochenta mil rusos, se le daba el mando!...

Sin embargo, con una abnegacion digna de los mayores elogios, sacrificó todos sus resentimientos contra su patria y aceptó una derrota al aceptar el mando la misma noche que fué forzado el paso del Adda.

Con su habilidad y su valor logró salvar los restos del ejército, adquiriendo con esto nueva gloria. ¡Dichoso él, si no hubiera desmentido despues este heroico sacrificio hecho en aras de su patria!

Reconciliacion de los ciudadanos á la aproximacion de enemigo: el arzobispo de Génova.

[Siglo xiii.]

Largos años hacia que la república de Génova² se hallaba dividida en dos bandos, obteniendo el triunfo ya la una ó la otra parcialidad, sin que pudiera jamas el vencedor destruir ni desarmar á su enemigo. Los asesinatos ensangrataban la ciudad diariamente, la venganza requeria venganza, y los odios y enemistades eran hereditarios. Inútilmente los buenos ciudadanos lloraban un mal que

1. Rio de Italia que desemboca en el Po, célebre por la victoria de Flaminio sobre los galos.

2. Esta ciudad de Italia fué una república poderosa en la edad media.

les parecia irremediable, y entretanto la república marchaba á su ruina á pasos agigantados.

Para colmo de desgracia se vió atacada Génova en situacion tan deplorable por el extranjero; los pisanos¹, república entónces poderosa, le declaró la guerra. Esperábase á cada instante se presentara la escuadra enemiga, pero exaltados como estaban los espíritus con las discordias civiles, no se tomaba precaucion alguna contra el enemigo exterior.

Habia un hombre, sin embargo, que se levantaba mas que todos de aquella ceguedad y aquellos furoros enconados; era Ugo, arzobispo de Génova, que ántes de recibir las órdenes sagradas, habia sido marino y soldado; estaba dotado de las virtudes del sacerdote y su pecho encerraba el corazon de un ciudadano. A fines del otoño supo una noche, por seguro conducto, que Rolando Avogado, jefe de una de las dos facciones enemigas, habia reunido en un banquete á sus partidarios principales y que habian tomado una resolucion espantosa: al rayar el alba del dia siguiente habia de tomar las armas el partido de Rolando, y atacar el partido contrario hasta exterminarse uno ú otro.

Estremecióse de horror el prelado al oír tan funesta nueva, y resolvió tentar un esfuerzo supremo, no solo para evitar tan terrible atentato, sino para reconciliar, si era posible, á los dos partidos. De consuno con los ciudadanos mas prudentes y los principales magistrados, empleó la tarde y las primeras horas de la noche en preparar la grande escena que meditaba. Hé aquí la relacion de este suceso memorable, tal como nos la ha trasmitido una crónica de aquel tiempo:

Eran las doce y cuarto de la noche; reinaba un profundo silencio, y las espesas tinieblas no permitian ver ninguna estrella en el firmamento, cuando de pronto se oye la campana de la catedral tocar á rebato, y tras ella suenan las

1. Pisa, ciudad de Toscana, ha decaído hoy mucho de su antiguo esplendor.

de las demas iglesias. A este ruido inesperado se despiertan todos los habitantes de la ciudad; las mujeres se asoman á los balcones preguntándose mutuamente y con ansiedad la causa de aquel ruido; los hombres se arman con lo primero que encuentran y salen á la calle; corren á informarse de si los pisanos amenazaban ya la ciudad, ó si Rolando, sus amigos ó sus enemigos han adelantado la hora convenida y ha comenzado la lucha. « ¡A la plaza mayor, á la plaza mayor! » gritan algunos, y esta voz es pronto la de todo el pueblo. En medio de la oscuridad de la noche se precipita la multitud á torrentes por todas las avenidas hácia la plaza mayor, sin que en esto dejaran las campanas de hacer oír sus lúgubres sonidos.

En la plaza, delante del pórtico de la catedral, se ven treinta eclesiásticos en alba y sobrepelliz con antorchas en la mano, y formados en una sola línea. La rojiza llama de las antorchas que oscila á impulsos del viento, colorea con reflejos variados el pórtico y las columnas, penetra en el interior del templo, cuyas puertas abiertas dejan percibir desde léjos el altar mayor resplandeciente de luces, dan de lleno sobre la cabeza blanca del venerable Ugo, y permiten distinguir claramente los rostros de los personajes que forman una asamblea imponente al lado del prelado, asamblea compuesta de los jefes de la ciudad y de los ciudadanos mas conocidos por su influencia y rectitud.

La vista de este cuadro sorprende á los ciudadanos, que quedan sobrecogidos de respeto. Todos esperan con impaciencia lo que va á pasar; un profundo silencio reina por todas partes y permite que oigan los ciudadanos el llamamiento que les dirige el ilustre prelado.

« Hermanos míos, roguemos; » y su voz, secundada por todo su clero, entona el *Veni Creator*. Descúbrese todas las cabezas, todas las almas se unen á la suya en aquella plegaría; parece que descende el invocado espíritu de Dios sobre aquella muchedumbre muda y prosternada. El mismo Rolando, que no está léjos del arzobispo, se siente profundamente conmovido.